

ARTE

Revista Literaria y Social

Aparece el 1.º y 15 de cada mes



SUMARIO

José Fernández Saldanha, *Episodio*.—Bellezas Uruguayas, *Ernestina Muñoz y Mañes*.—Heracio Fajardo, *Poesías*.—Raul Montero Bustamante, *La crisis literaria*.—Ismael Cortinas, *Germinal*.—Eduardo Rodríguez Larreta, *Como las nubes*.—Marius, *La voz de mi lira*.—José L. Zorrilla de San Martín, *El mal gris*.—Enrique L. Nebel, *Qué tío mi Malica?*—Fernando Silva Valdes, *Luz radiante... luz pálida*.—Julio Supervielle, *Año nuevo*.—Pedro L. Spuche, *Campesía*.—Fernando C. Rossi, *Tu cabellera*.—Rafael Quartino Herrera, *Luis Derville*.—Enrique Casaravilla, *De «Por la soledad de la morada»*.—*De antaño*.—*Teatros*.—*Del Luxión*.—*Bibliografía*.

DIRECTOR :

DANIEL HERRERA Y THODE

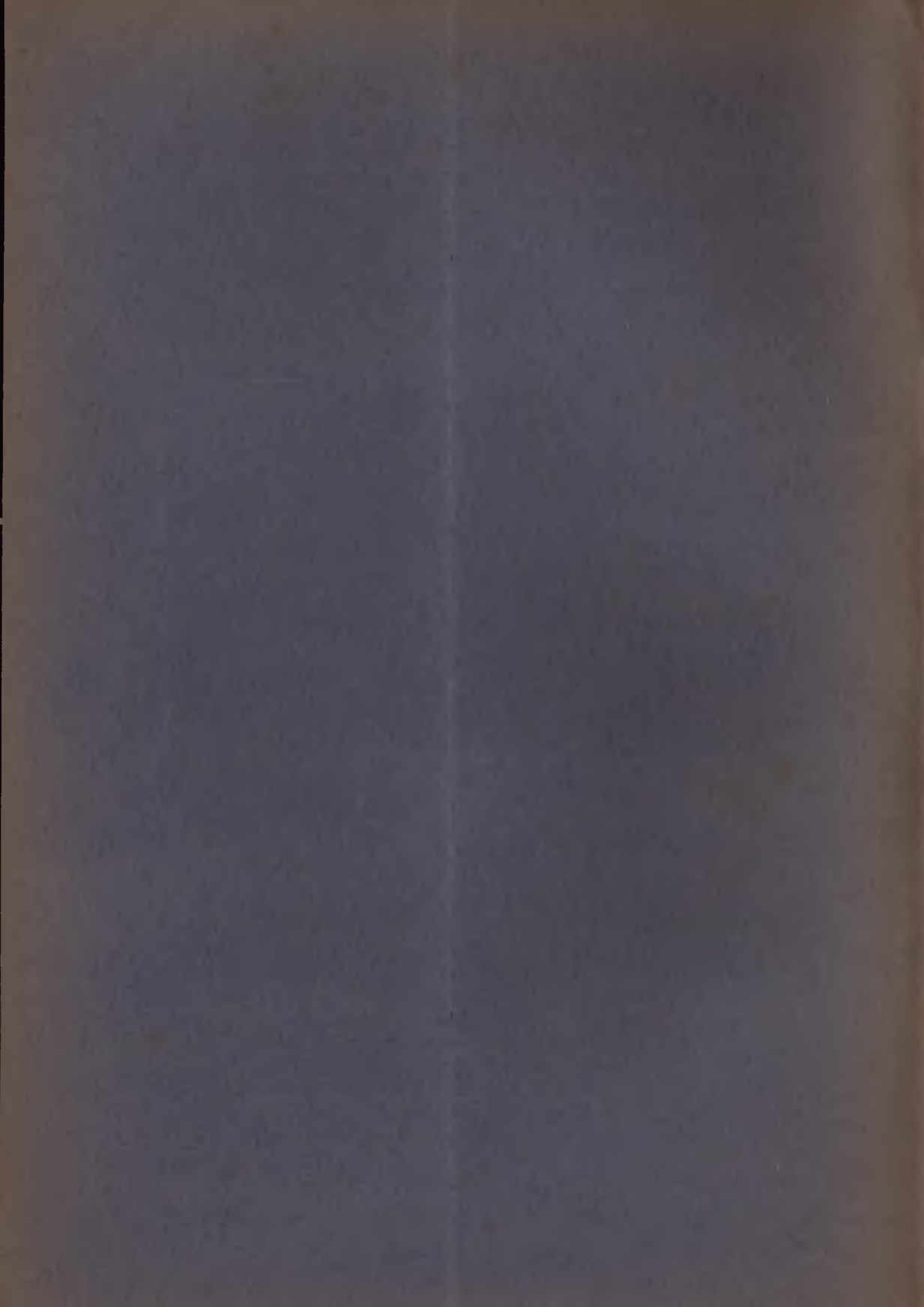
ADMINISTRADOR :

ROGELIO COSSIO

REDACTOR :

JOSÉ B. IGLESIAS CASTELLANOS

Redacción y Administración: Calle Colón 144



ARTE

REVISTA LITERARIA Y SOCIAL

APARECE EL 1.º Y 15 DE CADA MES

Administrador:
Rogelio Cassio

Director: DANIEL HERRERA Y THODE

Redactor:
José B. Iglesias Castellanos

Episodio

Cuartillas separadas de
un libro inédito de crónicas
salteñas.

La escasa guarnición del Salto, encerrada en las seis cuadras en cuadro que hacían el pueblo allá en la mitad del siglo pasado, había ido mermando sus caballos, muertos de hambre.

Los ginetes poco á poco desmontados desapeábanse entre los cuarzos recalentados de la cuchilla, en el Enero abrasador de 1846.

Hacia días que, juntamente con veinte hombres se habían perdido los corrales del ganado después de una defensa encarnizada, y el racionamiento era estricto.

Tal cual noche, unicamente, los soldados lograban traer alguna res escapada á la custodia enemiga.

La situación era crítica.

Era menester una salida eficaz en que la legión, apoyada por los hombres de Baez, protegiera la incorporación del general Medina que, según aviso enviado por el manco Paz, desde Corrientes, había salido á socorrerlos de Bella Unión hoy Sarta Rosa.

Pero la gente de Baez estaba á pié-

Después de un frugal almuerzo, en un consejo de oficiales, que sustituyó á la siesta habitual, la cuestión se planteó resueltamente.

Unos caballos del comandante Velazquez, de las fuerzas de Urquiza que estaban pastando del otro lado del río, eran, en opinión de Garibaldi, los únicos en que podía razonablemente pensarse.

Baez, consentía en ello, pareciéndoles cosa imposible sacarselos al enemigo del campamento del Ceibal, principalmente despues de que ya se le había incorporado Manuel Lavalleja.

De las balandras correntinas, recién perdidas, lamentábase Anzani tuberculoso incipiente ya, á quien la pared de tierra del cuartel hacía un armonioso fondo Sepia sucio para su lánguida cabeza de Nazareno.

De ellos, no obstante, tenían que ser aquellos caballos 'imprescindibles: era solo cuestión de un oficial decidido y de unos cuantos buenos, soldados.

Juan Cruz Gallegos, un capitán santafecino bello y enjuto, gallardo y serio, avanzó un paso, anticipándose á todos y sin un ademán de sobra púsose á la orden militarmente cuadrado.

Y sin una palabra más, silenciosamente de acuerdo todos en la inmediata realización del audaz proyecto, abandonaron el cuartel á disponer la empresa.

Gallegos eligió como doce hombres de entre su cruda criollada, mezcla de orientales y argentinos.

Garibaldi organizaba en tanto el auxilio posible de dos canoas.

La caballada del enemigo pacía á la altura de Puerto Palavecino, frente por frente con el pueblo.

La guardia sesteaba á la sombra de unas enramadas.

El río Uruguay, bajísimo por la desoladora seca del verano, no tendría, así mismo, menos de seis cuabras.

Media legua al norte, el Salto Chico hacía sentir el monótono arrullar de sus cataratas.

Un estridido de chicharras hendía el aire desde las barrancas boscosas.

La costa entrerriana, reberverante bajo el sol espantoso, elevábase en un largo temblor de moaré.

Los soldados desnudos se echaron al río, al pescuezo de sus caballos.

Desde la costa sitiada los compañeros, asombrándose los ojos con la visera de las manos, compartían las emociones de la empresa audaz.

Esta fué cortísima.

Un relámpago de sol en los cuerpos mojados al salir á tierra argentina. un avance de gatos, un salto, otro relámpago de sol en los cuchillos y en las lanzas y la mancha blanca de la espuma que levantaban las caballadas al caer al agua.

Un viva.

Y á la media hora la tropilla de caballos flor hacía pie en la vuelta de la curtiembre, derivada por la fuerza de la corriente.

Gallegos se limitó á decir que ahí estaban los caballos.

• •

En esta caballada flor montaron los ginetes del coronel Baez que acompañaron á Garibaldi en San Antonio.

A Juan Cruz Gallegos, prisionero poco despues, lo mandó degollar el general Urquiza.

Minas, 1907.

José M. Fernández Saldaña.



Escribir un artículo político, un cuento, una novela, es menos difícil que bosquejar en una silueta la beldad de una mujer.

No existe la exageración. Todo es pequeño, pálido todo. Son cientos de cuartillas que se escriben se escriben, y luego se rompen, se rompen, se rompen, sin encontrar en ellas una nota original, una metáfora hermosa, una frase siquiera que exprese nuestros sentimientos.

Fué nuestra primera idea colocar el retrato de Ernestina Muñoz en medio de una página blanca, que fuera llenada por la admiración de los lectores.

Pero nuestra misión nos obliga á repetir lo que todo el mundo; quien la conozca sabe ya, y todo el que no la conoce lo presiente.

Pudiéramos hablar mucho, no ya de su belleza física, belleza incomparable, inexplicable, y si de la beldad de su alma tan hermosa como sus ojos, como sus ojos grandes como su alma, como sus ojos luminosos como su inteligencia, su inteligencia deliciosamente femenina. Pudiéramos sintetizar la silueta en una frase sola: ¿La conocéis? no hay por que describirla. ¿No la conocéis? No se puede describir.



Ernestina Muñoz y Maines

Fauno.

* * (1)

Envueltas en pañales, las letras uruguayas
 Apenas balbucean del arte el diapason.
 Los tiempos son ingratos!... En tus risueñas playas
 Oh patria, aun no se escucha más lira que el cañón!

Mas como en tus campiñas florecen las violetas
 Y mueren ignoradas en triste soledad,
 Así forman tus brisas armónicos poetas
 Que nacen y que mueren en mísera orfandad.

El último, el más pobre de tus primeros bardos
 A falta de oro y mirra que darte en ovación,
 Te ofrece los perfumes de aromas y de nardos
 Bebidos en los bosques que pueblan tu región.

Privilegiada tierra de inagotables venas
 Do todos los tesoros apetecidos hay,
 Apenas mis cantares son fútiles arenas
 De tus riberas fértiles, espléndido Uruguay!

Si en el primer sondaje no alcanzo á tus veneros
 De ricas armonías de eterna vibración,
 Oh patria, tras mis golpes vendrán otros obreros
 Que libarán felices la miel de tu Helicón.

¡Siquiera á los cimientos de la gloriosa Atenas
 Que te alzarán las letras en época mejor,
 Dichosas concurrieran mis míseras arenas!...
 ¡Siquiera en tu panoja pusiera yo una flor!...

(1) Composición que sirve de prólogo al tomo de poesías *Arenas del Uruguay*, editado en Buenos Aires por la Imprenta de *La Tribuna*, el año 1862. [Ejemplar perteneciente á la biblioteca de Daniel Martínez Vigil.

La segunda hoja

Tienes una rival, hermosa mía,
Tienes una rival en mis amores...
Te soy infiel... perdón! mi poesía
A otra beldad también tributa flores.

Tienes una rival: con su retrato
Te diera celos y te diera envidias,
Si en mármol y no en mísero relato
Pudiera hacerlo... ¿quien?... Tan solo Fidias

Tienes una rival, y es hechicera!
Es virgen como tu, como tú hermosa,
Aunque tiempo ha su corazón lacera
Una angustia punzante... no es dichosa.

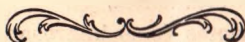
Cércala como á tí compacta rueda
De rendidos amantes á porfía,
Y aunque ella á todos un halago ceda
Yo decir puedo con orgullo: « Es mía »!

Es buena como tu, cual tu sencilla,
Hija del pueblo aunque altivez le sobre;
Y empero te parezca maravilla,
Es ricá... ¿ como tu?... no; tu eres pobre.

La quiero tanto como á tí... ; quién sabe!...
Tal vez la quiero más... ; es tan hermosa!...
Ni se yo cómo su belleza alabe,
Si llamándole mi ángel ó mi diosa!

Ella es mi amante inspiración, mi estrella,
Mi sacro numen y mi musa patria;
Ella es... No llores, mi celosa bella!...
¿ Sabes quien es esa rival? LA PATRIA!

Heraclio C. Fajardo.



La crisis literaria

En la actualidad las letras nacionales sufren una profunda crisis. Por más que la producción literaria sea relativamente abundante y se editen libros y folletos á granel, lo cierto es que la mayor parte de lo que se escribe para el público pertenece á ese género de literatura incolora y casi innocua, que es el síntoma más característico de la decadencia intelectual de un país.

Los florecimientos literarios ó artísticos no se rigen por la cantidad de la producción, sino por la calidad; á veces basta uno ó dos nombres para llenar una época. El renacimiento italiano no dejaría de serlo porque no hubieran existido los artistas contemporáneos de Buonarrotti, Rafael y Leonardo; y Víctor Hugo, Musset y Vigny, hubieran bastado para marcar esa extraordinaria etapa romántica que recorrió la literatura francesa en el último siglo.

Precisamente los grandes renacimientos del espíritu humano se han agostado cuando los tipos representativos de que hablan Carlyle y Taine, fueron sustituidos por la turba multa, por la *aurea medeocritas* de la literatura y el arte. El romanticismo murió de anemia deformado por los mediocres discípulos de Víctor Hugo que solo aprendieron de la doctrina del maestro á « echar sobre la nada el manto de un discurso resplandeciente ». Al naturalismo están concluyendo de enterrarlo los pedestres imitadores de Flaubert y Zola, y la fórmula decadente que en Beaudeauire y Verlaine halló una nota profundamente original murió de hipertrofia lírica en los *cabarets* de Montmartre y el Barrio Latino, intoxicada por el ajeno y la morfina.

Entre nosotros si bien esos tipos representativos apenas han existido, ha habido, en cambio, dentro de cada época, aun en los tiempos de mayores dificultades para el desenvolvimiento de las fuerzas del país, representantes bien caracterizados del pensamiento nacional.

Aunque sin grandes relieves ni líneas complicadas, la literatura ha existido siempre entre nosotros como entidad de conjunto, aun cuando ella fuera simple y primitiva. Dentro de ella siempre se han podido definir tendencias y caracteres y la mejor prueba de que ha existido como cuerpo organizado es que tambien aquí hemos tenido nuestras luchas entre clásicos, románticos y decadentes.

En épocas bien recientes éstas interesaron vivamente al público que siguió su desarrollo con curiosidad. Los grupos literarios adquirieron entonces carácter propio y algunos hasta programa como las sectas de 1830.

No tuvimos aquí las famosas representaciones del « Cromwell », ni Teófilo Gauthier con su chaleco rojo y su melena romántica proclamó á los artistas, ni se gritó « muera Racine », pero en cambio se realizaron interesantes justas literarias, se fundaron revistas, se hizo crítica y polémica, los diarios consagraron espacio á los escritores locales, se tradujeron y comentaron los poetas franceses, se descubrieron las nuevas orientaciones estéticas, se hizo prosa y verso decadentes y el público se interesó por los escritores y poetas y por sus artículos y sus versos.

No tenemos que recurrir á recuerdos muy lejanos para hallar el carácter de la literatura nacional ; no es necesario recordar las justas literarias de la Defensa que son para nosotros algo así como las canciones de gesta y los poemas de la *Tabla Redonda*, ni la corte de escritores y poetas que con Magariños Cervantes, Fermín Ferreira y Artigas, los Fajardo, Lapuente y diez más llenaron el ciclo romántico de 1850 á 1880 ; ni las famosas campañas del Ateneo en que Juan Carlos Blanco renovaba la oratoria local con su hermoso gesto de artista y hablaba por primera vez de la novela experimental ; Gonzalo Ramírez revelaba á Darwin, á Haeckel y á Spencer ; Luis Melián Lafinur estudiaba en público la psicología shakespeariana ; Carlos María Ramírez hacía novelas y hablaba de pedagogía y derecho constitucional ; su hermano José Pedro estudiaba la doctrina de Cristo y polemizaba sobre los orígenes históricos del Uruguay ; Zorrilla de San Martín daba el molde de la poesía americana con « Tabaré » ; Acevedo Díaz creaba la novela nativa ; Daniel Muñoz iniciaba un género literario lleno de color local y daba una excelente fórmula crítica ; Roxlo cantaba á los bosques y á los pájaros ; Rafael Fraguero, el niño sublime, el dramaturgo de 16 años, traía desde las riberas del Rhin el germanismo de Heine ; Bauzá [legaba el monumento de su obra histórica, y los ardientes cruzados de los principios liberales y católicos se batían en la tribuna como los antiguos teólogos hablando de filosofía, de historia, de arte y de literatura.

Aún posteriormente, el espíritu literario floreció vigorosamente Nadie habrá olvidado los buenos tiempos de la *Revista Nacional*, aquella hermosa academia ática, presidida por Rodó, Pérez Petit y los Martínez Vigil, que allá por los años 1895 á 1897, llenó una página interesantísima de la historia literaria del Uruguay ; ni los famosos balances literarios de Pérez Petit que tanto depuraron el ambiente, ni la excelente crítica de Eduardo Ferreira, que como Sainte Beuve, tuvo su lunes de arte, durante largos años ; ni la hermosa revista de Herrera y Reissig, que tuvo algo de « La Cravache » de Paul Adam y reveló en estas tierras el evangelio decadente, produciendo una verdadera revolución en el gusto literario ; ni la revista *La Alborada* de Constancio Vigil ; ni el *Rojo y Blanco* de Blixen y Fernandez y Medina ; ni los numerosos periódicos independientes, órganos de pequeñas capillas literarias á lo Sar Peladán, cuya breve vida, poco después de extinguirse, retoñaba de nuevo.

Aún en los umbrales del nuevo siglo, después de 1900, Carlos Rey-

les, Javier de Viana, Rodó, Perez Petit, Gimenez Pastor y otros, publicaron novelas, cuentos y páginas de crítica y prepararon una evolución literaria que desgraciadamente se detuvo en su primer ciclo.

Todos esos escritores y poetas apenas escriben ya; Blixen, el más admirable de nuestros literatos, el espíritu más ático y flexible de su época, ha enmudecido para siempre y ya no derrochará en las columnas de la prensa, la savia de su talento crítico. Otros ó han emigrado, ó no escriben, ó escriben con grandes intermitencias: pero todos ellos han perdido el espíritu de solidaridad; la literatura que hacen, adolece de violento personalismo; no existe el lazo común que los una, ni la orientación que los regimiente y discipline, ni la finalidad colectiva que dé á sus obras el caracter de arte nacional.

Falta, pues, en la producción local del presente, ese espíritu de solidaridad, la unidad, en una palabra que es lo que dá caracter de permanencia y solidez á las literaturas nacionales. Esta falta de armonía en la producción que se manifiesta en la anarquía de las ideas y en la desorientación de los espíritus, se ha agravado con la entrada en la vida de la nueva generación literaria que se ha formado sin escuela, ni disciplina, ni tradiciones, ni guías, ni control crítico.

La ausencia de la producción razonada y lógica, que ha dado por resultado la huelga absoluta de la crítica, ha favorecido la irrupción de jóvenes escritores y poetas furtivos, que á la sombra de la impunidad literaria, y sin conciencia de la responsabilidad intelectual, se han lanzado á una producción febril y sin tasa. De esa manera, se ha infeccionado el ambiente con una literatura híbrida y sin carácter, que pervierte el gusto, desvía los fines y hace que el oficio de escritor caiga en descrédito.

Cada cual escribe al azar de la inspiración personal, bastando el menor estímulo de la vanidad para que el ensayo realizado en la intimidad con timidez, se convierta en artículo de diario, folleto ó libro.

Esta producción híbrida é incolora, es un nuevo y poderoso elemento de disolución. Si no existe la solidaridad literaria entre los buenos escritores que reconocen tradiciones comunes y cuyas obras se encerraron alguna vez dentro de la pauta colectiva, mal puede haberla entre estos pequeños improvisados, turba de prosistas y poetas, que recuerda á los insoportables retóricos que precipitaron la poesía latina en la decadencia y el ridículo.


Así, su obra es primitiva y casi bárbara, como la de los pintores góticos primitivos, que traducían todavía los modelos bizantinos. Imitan modelos, repiten lugares comunes, traducen lecturas, balbucean toscamente ó se afanan como los discípulos de Borromini en sustituir las formas nobles y sencillas por las líneas bastardas y groseras de la invención personal.

La ausencia casi total de producción verdaderamente literaria, la sustitución de aquella, por esta mercancía bastarda, nos ha llevado á una lamentable decadencia que en los últimos tiempos ha adqui-

rido caracteres agudos. Solo una gran campaña crítica puede detener esta depravación del gusto literario. Pero aún así, depurado el ambiente, habría que realizar aún una obra de conjunto considerable. Para que la literatura nacional recobre sus rasgos característicos, debilitados y casi perdidos hoy, y alcance nuevamente la unidad, habría que estimular la buena producción, regimentarla, darle carácter de entidad colectiva y buscar al escritor, al crítico ó al poeta capaz de orientarla y darle impulso definitivo.

Pero esta disquisición crítica, tan rica en puntos de vista se hace demasiado larga y en otro artículo examinaré lo que podría llamarse factores negativos de la crisis literaria.

Raúl Montero Bustamante.



Germinal

(Para Eugenio Martínez Thedy.)

Como arrogante mole de granito
Que impávida á los vientos desafía ;
Como la omnipotente tiranía
Sorda á todo clamor y á todo grito ;

La ley del dogma, la virtud del rito
y el eco de sagrada letanía,
Fueron, en infecunda cofradía :
Huerto inviolable, tálamo proscrito.

Pero todo germina. La montaña
Del prejuicio, que cruge y tambalea,
Sentirá palpitar la oscura entraña ;
Y como una vestal que cae vencida :
Al beso luminoso de la idea
Fecundará en el templo de la vida...!

Ismael Cortinas.

Montevideo, Agosto de 1909.

“Como las nubes”

De Julio Raúl Mendilaharzu

Aquel espíritu inquieto y revolucionario de Mendilaharzu, orgulloso cultor de su personalidad naciente, rebelde, más por convicción que por instinto, á todo lo que significara una disciplina ó asumiera las formas de un principio de autoridad, el compañero entusiasta de los primeros años en que las aulas nos absorbieron en su vida agitada; aquel espíritu que oirá en plena fantasía de imaginación, dotado de un fino y amplio sentido de la belleza, capaz de apreciar y de «sentir», con igual fervor, la prédica de futuros luminosos de austera fraternidad, en la palabra apostólica de un Tolstoi ó de un Guesde, que de deleitarse en las historias galantes y en los refinamientos quintaesenciados de las viejas aristocracias; aquel espíritu de visionario, aquel bello temperamento optimista que nos deslumbraba con su ¡invariable fé— envía, hoy, desde Europa, su primer libro.

No suponíamos ciertamente que para dar salida al torrente de imágenes, de ideas y de ensueños que llenaban su cerebro, habría de elegir la forma poética. Imponer la disciplina del ritmo, retacear el vuelo de la imaginación con las exigencias de la rima y de la estrofa, á esa su rara modalidad intelectual, se nos ocurría desnaturalizarla. Para adornar sus bellas visiones, no esperando lo bastante de su bondad escencial, se ha creado esa nueva dificultad y ha sabido amoldarse al vigor de sus pragmáticas. Pero no hay que buscar lo sustancial de «Como las nubes» en la perfección del verso ó en el cuidado cincelamiento de sus períodos. Sin duda que, en ocasiones, la necesidad del metro — que trata de seguir escrupulosamente — es motivo de admirables hallazgos, sobre todo en «Ébano y Oro», pero, las más de las veces oprime el libre juego de sus entusiasmos, aminora la fuerza de esa juventud triunfante que late en sus palabras. ¿Ó será, talvez, que á ese género de literatura social que tanto le seduce, y en el que, á cada paso, está obligado á emplear «altruismo» y «tolerancia» y «prejuicios» y «ciencia» y «concordia», no le sienta el leve sayal del verso?

Es lo que pensamos y lo pensamos sobre todo después de haber leído el libro de Mendilaharzu. Es en esas poesías en las que las visiones sociales lo preocupan donde pone más de si mismo, más de su sinceridad

violenta é impulsiva, [de su cálida imaginación, creadora de paradojas sublimes y que lo lleva á soñar en «Cristos fulgurantes forjados con protestas incitando á la guerra» y á condensar su ideal supremo de la confusión de las bellezas pagana y cristiana en estos dos versos admirables.

¡ Los mirtos de Academos circundando
la sien de Magdalena!

... fusión que, ya Villaespesa, su prologuista expresó al final de uno de sus sonetos: «la encarnación cristiana del alma de María, en el mármol profano de Venus de Nilo».

Y bien, es ahí precisamente, donde la crítica cruel pudiera acaso encontrar asidero para tachar las imperfecciones del verso. Pero nadie que lea desprevenidamente puede detenerse en esa ingrata tarea, arrasado por la rauda belleza de la imagen, deslumbrado por la vigorosa originalidad de las ideas en las que todo es propio, sentido, donde se transparenta la fuerza de un temperamento que dice con sincera verdad la caravana fabulosa de ideales que cruza su cerebro. Ya son:

¡ El Kinnor y la lira, delirantes,
enlazando sus cuerdas!
¡ Los ojos de David como extasiados
de Safo en la fragante cabellera!

Ó, menos poeta:

¡ El inmortal sermón de la montaña
mecido en el espíritu de Grecia!

Pero también Mendilaharzu sabe de la dulzura incomparable de las reminiscencias, siente, allá, en el vértigo de la existencia europea, la necesidad de concentrarse sobre sus recuerdos, sobre sus añoranzas de vivir romántico. Su espíritu se repliega para cantar al «alma inolvidable» las nostalgias del pasado. Y entonces, se diría, que nace en él ese sexto sentido de la música de la palabra, de que nos habla Saint-Beuve. Su rima es melodiosa, su expresión suave y pulida, sus quejas están encajadas en un molde de tonalidad dolorosa.

Oigamos una estrofa:

Jamás han vuelto á acariciar mi frente
los ensueños venidos de los astros;
tal vez porque se encuentran prisioneros
en sus ojos castaños....

Y es, tal vez aquí, pese á lo impecable de la forma y del sentimiento, donde hay menos médula de Mendilaharzu, donde la espontaneidad de la idea no es completa, donde domina el influjo de las viejas lecturas contrarrestando el propio y original sentir. El meticuloso cuidado del verso y la corrección de la imagen que lo informa, lo privan, en nuestro entender, de lo que constituye la gran belleza de su libro. Ese ímpetu de imaginación, ese desborde lírico que nos hace vivir—soberbiamente—entre el absurdo y el contraste, en plena fantasía paradójal.

Acaso sea otra la impresión que la mayoría de los lectores saque

de este libro. Acaso les rechace la tosca belleza que á mí me embriaga y sepan deleitarse en el almibar del virtuosismo poético. Acaso, también, se condene ese clásico respeto de la forma que en él significa una transacción de principios. Á nosotros nos da una prueba definitiva de lo que puede su voluntad, solo feliz y solo satisfecho en la sensación del obstáculo abatido. Los crea á modo de «sport», y, en última suerte, cada uno señala, para su cerebro admirable una dificultad que deja de serlo, una nueva victoria para agregar en la serie que le está deparada. Vayan para él nuestros mejores auspicios.

Eduardo Rodríguez Larreta.



La voz de mi lira

Yo no sé si la voz de mi lira,
Encierra en sus notas acordes sonoros;
Yo no sé si traducen sus trinos,
Los ecos de un alma que ríe de gozo.

Yo no sé si con dulces sonidos,
Modulan sus cuerdas la risa del alma;
Sólo sé que mi lira está alegre,
Que quiere cantarte, que vibra y te canta.

Yo no sé si son pardos ó verdes,
Los ojos hermosos que la han inspirado;
Sólo sé que ellos tienen más fuego,
Y más resplandores que el sol del verano.

Yo no sé si sus rayos ardientes,
Abrasan ó hielan á aquel que los mira;
Sólo sé que al sentir sus calores,
Parece que en ellos me viene la vida.

El mal gris

(Leyenda)

En un valle del Norte, sobre un picacho, se ven las ruinas de un castillo: otrora en sus grandes salas, cubiertas de tapices, alumbradas con achones de recina tenían lugar fastuosos saráos: las sedas crugían sobre los pisos de erables de colores, circulaban rubios caballeros, majestuosas castellanas agitaban lentamente sus grandes abanicos en una atmósfera saturada de sándalo, los pajes cruzaban ligeros llevando ánforas de plata, y en las paredes los retratos de los nobles antepasados miraban al través de sus melancólicas pupilas, graves como cariatides, embutidos en sus gorgueras que el tiempo había tornado amarillas. Las voces de plata de los laúdes, ténues y voluptuosas como palabras, se perdían bajo las bóvedas sonoras, pulsadas por largos dedos cubiertos de sortijas: junto á la alta chimenea, llena de troncos, en sitiales de ébano, dialogaban los ancianos.

Todo era entonces vida y calor en el castillo. En las largas veladas del invierno parecía animado de un espíritu sonoro que hiciera latir sus muros de mampostería; las ventanas de vidrios emplomados eran pupilas luminosas: el resuello helado de los montes le envolvía en sus alas transparentes haciendo crugir sus portalones de encina guarnecidos de hierro y en lo alto de la torre atenta la mirada al horizonte, el centinela velaba.

Fuerte é imposable era la raza de los Haenfeld: su origen se perdía en el tiempo remoto de las cruzadas: Sus abuelos habían militado á las órdenes de Godofredo de Beuillon, cuyas hazañas cantan los trovadores vagabundos.

Sin embargo en la aldea cercana durante las noches tempestuosas, referían los viejos aldeanos, extrañas historias sobre un mal que atacaba á los nobles caballeros; mal desconocido y tenebroso que profundizaba sus pupilas, adelgazaba sus miembros y llenaba su espíritu con visiones de ultratumba: se hablaba de seres fantásticos, de la pupila verde del genio malo de la selva, eternamente fija sobre el castillo como un presagio,

Y los años pasaron, y la estirpe de los Haenfeld, quedó reducida á

un sólo caballero: Ulrico. La enfermedad se cierne sobre sus cabellos grises y profundiza sus pupilas color de acero, sus largas manos tienen el tinte del marfil antiguo y sus miradas son llenas de melancolía.

La Primavera derrite las últimas nieves haciendo reventar las yemas del almendro, las glicinas cubren las solitarias glorietas con túnicas lilas, hasta los pinos taciturnos se estremecen al soplo de la brisa que canta en sus ramas los viejos himnos primaverales: los cuervos huyen en bandadas oscuras y sobre la atalaya, hoy desierta, canta una alondra.

En cambio en una sala del castillo Ulrico Haenfeld agoniza: un monje de ojos dulces le acompaña: un rayo de sol dora la frente del enfermo haciendo brillar la punta de un sable en la panoplia del muro, y en su mente aparecen legiones de risueños recuerdos: la juventud lejana llena de alegres aventuras, las partidas de caza, hazañas guerreras sin nombre, el recuerdo de unos ojos de mujer que miran intensamente y viajes á lejanos países meridionales en que la primavera es eterna como el canto de los pájaros: y luego los primeros síntomas de la terrible enfermedad atávica, la infinita tristeza de que se llena su espíritu, una lasitud llena de siniestras visiones; la terrible enfermedad que torna los espíritus grises para siempre como las aguas de los lagos nórdicos y el fantasma de la muerte; hoy, está cerca, Ulrico siente el contacto de sus alas membranosas y frías: á una señal suya el monje entreabre el postigo y la alcoba se llena de luz tibia y muda; la alondra sigue cantando: Ulrico habla al sacerdote.

— Mi espíritu está cubierto de brumas grises; en cambio fuera, todo renace, todo palpita, los árboles son grandes cítaras musicales que entonan himnos al señor; las aves se llaman entre las hojas. Todo es sereno y alegre! Como se siente estando al borde del sepulcro la nostalgia de la calma. Ved la nube que pasa, es pequeña y rosácea como el seno de una virgen, navega tranquila por el éter azul que la sostiene en sus alas impalpables; oid los rumores, es la primavera que se acerca, yo penetraré en un invierno sin lunas.

La voz del sacerdote se oye como un eco:— Tú renacerás á la eterna primavera de las almas.

Los ojos de Ulrico se apagan y sobre su rostro se extiende la amarilla serenidad de la muerte.

El monje se arrodilla y recita:— Acógele en tu seno oh Señor! pues su alma era claro Fanal de mansedumbre.

Los rayos del sol cubren el rostro rígido del muerto con un sudario, una oleada de aromas agita sus alas invisibles sobre las cosas: á lo lejos, la alondra desgrana sus notas al viento de la tarde,

José Luis Zorrilla de San Martín.

Que tié mi Malica?

(A Raul Montero Bustamente)

I

Que tié mi Malica, porque no me habla?
Aquí estamos solos, ríe mi muñeca,
Vamos mentirilla, que quies enfadarme
Y vas á enfadarme, por mala, de veras.

II

Vamos mi Mimosa, seca'lagrimicas!
Ven aquí á mi lado, cuéntame tus penas,
Tu novio se quea muy triste si lloras,
Ven aquí á mi lado, más cerca, más cerca.

III

Á ver los ojitos! ; no ves! si paecen
Que están afligios, que tienen verguenza;
; Pa esto la cita con tanto recato!
Mía; estamos solos, se buena, se buena.

IV

Y sigue el silencio... y el tiempo que pasa...
Mimosa á su novio nadita le cuenta;
El novio está triste, pensando ; que cosas!
; Que cosas más tristes las que el novio piensa!

V

Vamos mi Malica, ya sé porque lloras,
Mis pasados tiempos acaso recuerdas,
Cayeron las hojas del árbol enfermo,
Sus ramas quedaron sin nidos desiertas.

VI

Cayeron las hojas, los surcos llenaron,
Al triste despojo cubrieron las tierras,
Invierno es olvido y de aquel silencio
Nunca despertaras si tu no volvieras.

VII

Más tú le dijiste con ansia ; retoña!
; Bebe de mis savias, toma primaveras!
Y volvieron hojas y volvieron nidos
Y nidos y hojas nuestra vida alegran.

Enrique Leoncio Nebel.

¡Luz radiante... luz pálida...!

(Para ARTE)

Los carruajes tronaban estrepitosamente sobre el pedregoso camino al que daba su frente la suntuosa fachada de una casa-quinta.

El ruido de las portezuelas al cerrarse, la voz de los lacayos y el arranque de los caballos sacando luminoso chisperio al resbalar sus herraduras sobre las piedras, todo esto contribuía á hacer ensordecedor el vocerío caótico originado por el tumulto.

Gran número de curiosos y pordioseros, ávidos de ver el esplendor de la riqueza formaban rarísimo grupo para no perder ni un solo detalle de la fiesta que se celebraba en la casa.

Cada vez que era abierta la puerta del salon que por un costado daba á la parte del jardín junto á la cual se hallaban ellos, se paraban en la punta de los pies y levantando sus cabezas lanzaban una mirada escrudiñadora acompañada de palabras necias producidas por la envidia ó el despecho; mirada curiosa que les descubría vagamente los misterios de lo ideal y el refinamiento del buen gusto, tal vez no comprendidos por sus sentimientos nacidos en el ambiente impuro de las miserias humanas, y alimentados con el pan negro del desprecio en todas las facetas de su vileza, recibido por mano imploradora en actitud de suplica.

En el interior de la casa reinaba una alegría indescifrable. La artística araña derrochaba profusamente la luz de sus bujías que borraba la sombra de los rincones más apartados.

Los violines armonizaban con el piano. El ritmo de sus notas marcaba el cadencioso compas de una danza voluptuosa en que se mecían las parejas. Los colgajos, adornos y caprichosas decoraciones, eran el marco dorado del cuadro encantador de las sonrisas y saludos corteses, del fulgor de las miradas que parten de los ojos románticos, soñadores de quimeras, de esos ojos que murmuran cuando se cierran los labios, murmullo comprendido solamente por los que poseen el secreto de su lenguaje afrodisiaco.

En medio del torbellino de los movimientos arrancados por el compas de la música lijera, en el balanceo de las cinturas, se columpiaban las blondas de los vestidos niveos y color de rosa, mientras los escultóricos contornos de las bellas citreas se mecían en el espumeo constante de las gasas...

Era la idealización de lo artísico; cuadro viviente forjado por la

imaginación de los poetas y de los que rinden homenaje y culto á la belleza.

La agitación y el aire caldeado daban un tinte de púrpura á todos los rostros, como si en ellos vagara la huella del pudor engendrado por la cstenación de los cuellos alabastrinos y el nacimiento de los ocultos encantos.

La música seguía deleitando á los danzantes.

En un ángulo de la sala dos enamorados hablaban muy bajo. Para ellos no habia mejor fiesta ni mayor atractivo que el hallarse juntos; querían apartarse del bullicio; con sus ardientes miradas tenian bastante para ser felices.

Para ella la música más armoniosa era la palabra del amado; y para él, la melodía más sublime era la conversación de la amada; cascada de notas argentinas que se desprendían de una boca de labios húmedos y temblorosos, acarminados, nacidos para el beso.

¡Oh... los labios rojos, celosos guardianes del collar de perlas de los dientes, portadores de la sonrisa!...

.....
Lindando con la casa donde tenía lugar la fiesta, había una choza muy pobre. Allí estaba la desgracia. La Parca había extendido su brazo huesudo señalando á uno de los moradores de aquella casucha miserable.

Velaban á un niño de corta edad. Era un ser que recién empezaba la vida cuando la guadaña de la muerte cortó presurosa su existencia.

Había dejado de existir sin gozar de más felicidades que las que le proporcionaron sus juegos infantiles durante el corto tiempo de sus pocos años y de su limitado albedrío.

No tuvo más patria que las calles de su barrio. Sus miserias fueron las miserias comunes de los suyos, incomprensibles para él. Había muerto al posar su planta en la primera etapa de la vida, pero esa muerte lo arrebató puro; la nitidez de su alma no había sido salpicada aún por el lodo que el hombre chapalea al avanzar por el camino de la vida.

Rodeaban la pequeña caja donde descansaba su cuerpo, varias sillas negras y amarillentas sobre las que permanecían sentados algunos miembros de la familia, que cabeceaban silenciosos con la barba apoyada sobre el pecho, como agobiados bajo el peso de la desgracia y las avanzadas del sueño. Era la luctuosa guardia que hacía los últimos honores á la carne muerta de un cuerpo dormido para siempre entre los pliegues de la mortaja.

Unos pocos cirios de temblorosa luz reflejaban la palidéz de sus rayos débiles sobre el cadaver; y en el ángulo sombrío de un rincón de la estancia, donde la luz llegaba perezosamente, lloraba en silencio la desgraciada madre sosteniendo en sus brazos á un chico de pocos meses, silencio interrumpido por el lamento de una anciana que arrodillada sobre las frías piedras del piso pasaba las cuentas de su rosario.

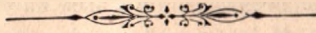
Pared por medio estaba la felicidad.

La música se oía vagamente, como si partiera de las entrañas de la tierra. Sus notas no eran bastante intensas para penetrar claramente en el sepulcro momentáneo donde yacía el cadáver. Allá era la casa de la alegría y la algazara pregonadas á gritos; aquí era la morada de la desgracia, de la infelicidad y la miseria pregonadas en silencio. Allá estaba el cuadro de la vida adornado con dorados marcos; aquí estaba el cuadro de la muerte ribeteado con el negro filete de los bostezos hambrientos.

El niño, curioso al oír la vaguedad de las notas arrancadas á los violines preguntó á la madre con asombro: — ¿Que es eso, madre? — No nada, hijo mío, — contestó la mujer — son los vecinos que también lloran la muerte de tu hermano.

Fuera, en la calle, todo era borrado por las tinieblas de la noche negra como sus desgracias, negra como sus almas; noche que vió en el cielo también negro, unas pocas estrellas pálidas como los cirios que inclinaban su luz mortecina al impulso del menor soplo, pálidas como la cara del muerto.

Fernando Silva Valdes.



Año nuevo

Á mi madre, pocos meses después
de la muerte de mi padre.

¡Cuanto hubiera deseado, decirte largamente
mis anhelos de dicha, que todos así son,
¡cuanto hubiera deseado mirarte sonriente
la alegría y los sueños dentro del corazón.

¡Cuanto hubiera deseado en una flor ardiente
cuyo aroma estuviera próximo á sucumbir
ofrendarte la última sonrisa transparente
que acompaña al perfume cuando este va á morir.

Es que hubiera querido, decirte, tanto, tanto...
en una embriaguez larga, sin tristeza ni llanto,
decirte esas palabras, que hacen tanto bien.

Pero no... no lo puedo... en esta triste aurora
es mejor el silencio, el silencio que llora
tú lo sabes porque.

Julio Supervielle.

Campera

(Para el buen amigo Alfredo Rodó)

Por el sol esbozadas las tranquilas siluetas
De los dormidos árboles que el viento desnudó,
Á meditar inspiran ; ay ! las ramas escuetas
Que encarnan ilusiones que el martirio apagó.

Un rancho, como trono entre enormes macetas,
Enhiesto en la cuchilla que un combate sintió,
Recibe las caricias de unas plantas secretas,
Donde el ave voluble su nido edificó.

Cuando el cielo violáceo vagamente se apaga
Y la estrella tranquila del crepúsculo asoma
La cabeza albugínea, y con su brillo amaga
Iluminar el rostro nublado de la loma,
Con la guitarra amiga un paisano sincero
Canta. Y su voz diluye pasión en el estero.

Pedro L. Ipuche.

Agosto de 1909.

Tu cabellera

En la tarde que muere, flota tu cabellera
como girón de noche por el viento agitado ;
en mi tarde, que muere, flota como bandera,
y engendra, tal las noches, un azul estrellado.

Urdimbre de mis sueños ; oh si me permitieras
dejar entre sus mallas la ingente pedrería
que, soñando á su vera, brota mi fantasía...
; Cómo fueras mi reina ! Cómo mi diosa fueras !

; Oh ! si tú lo quisieras, flotando ella en el viento,
unida tú conmigo en igual sentimiento,
yo abrazado á tu cuerpo como á un asta sagrada,

Luciendo entre sus ondas tus ojos, como soles,
envuelto yo en sus ondas, bajo esos arreboles,
— la mano sobre el pecho, — tremante juraría :

Que mientras una hebra, sólo una hebra quede,
— Ondeando por el soplo de este amor que me obsede, —
; Bandera de mis sueños tu cabello sería !

Fernando C. Rossi.

Luis Derville

(Continuación — Véase el N.º 3)

La luna en el zenit.

Susurraba muy quedo el océano.

Suave, la brisa tenía melodías cristalinas....

— Tú ignorabas ¿verdad? — dijo Bourssac — esa tragedia que se inició en América, que terminará ignoro donde y cuando, y de la cual Derville es el principal protagonista. Yo no quise contártela. Es tan dolorosa!.... Tan inmensamente triste!....

— Cuéntame, le dije. He sabido yo tanto de amargos dolores! Uno más....

— Tú debes de haberte enterado, comenzó Bourssac, del ferviente culto que Derville profesaba por la memoria de su madre, arrebatada del hogar cuando la vida para [ella vestía aún el traje de la aurora. Cuando todo era de rosa, cuando todo sonreía!

La falta de ese ser á quien había dedicado la mayoría de sus afectos de niño y más tarde de adolescente, cambió en absoluto su carácter. Dedicó sus fuerzas afectivas, tan sólo en venerar á la querida muerta.

Y ese templo que elevara en su alma para encerrar el fuego de su amor como última ofrenda á aquella alma que flotaba libre ya de las investiduras terrenas, apagó con su grandiosidad las otras llamas de cariño que otrora ardieran. Fuerónle desde entonces, indiferentes los demás miembros de su familia. Y en su mística locura, olvidó también á su padre.

El pobre hombre, quebrantado moral y pecuniariamente, partió solo para el Uruguay,

Luis se radicó en París. Lo conocí en la Sorbonne cuando estudiaba, y después de habernos hecho amigos, lo hice conocer de todos mis camaradas.

Como tú habrás notado, era de un temperamento ardentísimo y sin embargo ni un pequeño amorcillo de los tantos que nosotros hemos sufrido, preocupó su imaginación. Su amante no era una, sino todas. Sus noches eran cada día distintas. Y reía en grande de mí, á quien llamaba el joven romántico, cuando le refería alguna de mis aventuras amorosas que yo creía sinceramente grandes pasiones.

Un buen día llegó una carta de su padre, notificándole que en breve contraería enlace y que esperaba su presencia en la boda. La irritación

de Derville fué inmensa. Contestóle con una carta brusca diciéndole que jamás sospechara que un olvido tan denso borrara de su mente — no decía del corazón — el recuerdo de su primera esposa, su buena é inolvidable madre; que semejante noticia no era una broma — terrible por cierto — jamás daría un paso para verlo,

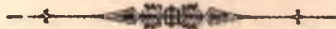
El padre insistió y con él todos nosotros — como tú has de recordarlo, — haciéndole ver la situación de ese hombre sano y vigoroso aún, solo en Montevideo sin un ser que queriéndole le acompañara en su vida de trabajador. Derville era implacable. «No, jamás», eran siempre sus palabras. Y era que también imaginaba á la futura esposa de su padre, un ser indigno de llamarle : madre. Imaginábala no sólo careciendo de las virtudes de aquella persona inolvidable, sino también vieja y fea : «india», como el decía.

Pero, tantos fueron nuestros ruegos ! Tan sinceras eran las cartas del pobre padre, que Derville accedió. Y recuerdo que era triste, muy triste, la mañana que se fué ! Una niebla fina de esas nieblas de invierno que todo lo envuelven y todo lo entristecen, caía monótona sobre París. Y el rugido del monstruo de hierro que lo llevaba á Marsella, resonó como un gran lamento en el ambiente húmedo de la estación !

Y mirando alejarse el convoy y sumirse en la niebla, repitiendo el saludo que me dirigía con el pañuelo que ondeaba como la bandera de una nación por mí desconocida, — tuve miedo por él. Un vago presentimiento transformábame la escena, y en lugar de verlo [perderse entre la niebla llevado por el tren que volaba, veíalo desaparecer en la nada llevado en alas negras.

(Continuará)

Rafael Quartino Herrera.



De "Por la soledad de la morada"

La botella de champagne...

Ese polvo que cubre la vejez ya vestía
Con un velo apagado la cintura dorada...
De una botella vieja de champagne que dormía,
En un rincón oscuro de una antigua morada.

¡ Quien sabe que decía su profundo mutismo...
Á esos observadores de detalles extraños,
Que encuentran en las cosas pequeñas un abismo
Con tal de que esas cosas ya tengan muchos años.

Sus pupilas no eran... y absortas me miraban...
Sus labios no existían... y siempre derramaban
Sus más ebrios secretos en vetusto lamento...

Y tal, como en los días que empapaba la mesa,
Pero callada y fría, — el champagne de tristeza
De su garganta seca — mojó mi pensamiento.

Como era un cuadro...

La mirada del Rey — desde su trono,
En su codo derecho sostenido —
En un grupo de calvas venerables
Vá insinuando del águila el dominio:
Varios siervos en grupo comparecen;
Y se arrodillan; el más viejo de ellos
Se adelanta hacia el Rey — pide clemencia —
... y el Rey le opone su inflexible gesto.

La reina, que se eleva á su derecha
— Con un brazo en el hombro del monarca,
Estrujando la seda de sus velos —
Con el otro intercede y pide gracia.

Pero el Rey, con el puño sobre un arma
 Su duro acero mira..., oprime... y siente
 Que adentro de su pecho son de acero
 La voluntad, las fibras... y no cede.

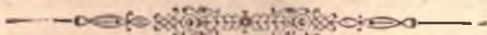
Y el viejo con los ojos como voces...,
 — Á sus piés arrojado — pide en vano:
 ... Porque el Rey es de bronce!

Con los dos brazos en un mismo escudo,
 — Más atrás de esta escena — dos soldados
 Muestran sus dorsos, — como de guerreros
 Que custodian severos catafalcos.

Y más allá... en las gasas de la tarde
 Se ven junto á una mesa, varios tipos
 Legendarios — de miembros muy nervudos,
 Tal vez ebrios... con ánforas de vinos.

Tal es el cuadro que, supremo esconden
 Los cortinados de una sala antigua...
 En que el Rey es de bronce!

Enrique Casaravilla.



De antaño

Primera página de un diario

I

20 de Mayo de ¿Te parece extraño, diario de mi vida, que una chica cabeza de chorlo que ríe y juega durante el día, abra ahora tus tapas de cuero para contarte sus penas.

¿Te sorprende sin duda no sentir mis carcajadas y no empiece mis memorías con una ingenuidad?

¿Crees acaso, que sea simulado mi aire compungido y sea simulado gesto de mujer formal, que haciendo de vos un confidente abre de par en par las puertas del alma para mostrarte que en sus rincones reinan las sombras de la melancolía.

¿No concibes en esta cabecita rubia ni la más mínima preocupación

en serio, á no ser un enojo con Ninette, una desobediencia [de morrongo ó la pérdida de la bolsa de bombones?

¡Pobre diario de mi vida! Tú, que serás la tumba de todos mis secretos, cuantas veces levantaré tú lápida para depositar una queja, una lágrima, un suspiro...

Mira mis ojos. ¿No notas que han llorado? ¿Al sentir la caricia de la pluma, sientes como mi pulso tiembla?

No puedes explicarte diario mío, toda la intensidad de mi sufrir. Escúchame y comprenderás si he penado con razón.

¿Conoces á Octavio? ¿No? Júrame que al menos tú le tendrás simpatía, tú que me quieres y él que me ama...

¿Si yo le quiero me preguntas?

Le amo con toda el alma, figúrate si mi alma será grande siendo tan grande mi cariño. Pero, esto, te advierto, es un secreto. No quieren comprender que ciertas autoridades, por más poderosas y sagradas que sean, se quebrantan ante otra más sagrada y poderosa: La autoridad del corazón.

¿Acaso, se puede amar á voluntad? ¿Es cosa de pensar seré novia de Zutano ó de Fulano, mirarle de soslayo y ¡zás! todo está hecho?

Que error! Si pudieras, tú que no tienes alma, tú que no lloras ni ríes, tú que no sufres ni cantas, comprender el vacío que se experimenta cuando un formulismo nos obliga á llamarnos novias de Mengano, cuando el corazón nos grita: no lo eres...

El corazón, joyel de nuestro amor que solo se abre cuando depositamos en él una pasión sincera, piedra preciosa, y se cierra cuando intenta obligarnos á guardar en su fondo un afecto que no sentimos, piedra falsa...

Mi amor por Octavio es una perla; y escondida la guardo en mi joyel; para quitarla necesario sería hacerlo añicos, puesto que mi cariño es la llave, y ese cariño jamás podrán arrancarlo de mis sentimientos.

Oh! ese amor primero, ese amor único, astro fijo en nuestro pensamiento, que nos ilumina siempre, llenando de luz nuestras almas, y que jamás declina y que jamás se extingue...

Te juro, que si otro hombre pusieran en mi camino, marcharé con él hacia el infortunio, tratando de no mirar hacia atrás para no ver las ruinas de mi amor, pero temo tanto el caso de la mujer de Loth...

¿Y por qué sufrir en la vida pudiendo ser feliz? ¿Por qué vivir en eterna noche cuando el sol nos sonríe? ¿Por qué marchar por un valle triste y sombrío cuando se abre ante nosotros una campiña florida y llena de luz? ¿Por qué el camino de espinas pudiendo marchar por senda de flores? ¿Por qué el fatídico buho que grazna á la muerte y no la calandria que trina á la vida?....

Hoy me han dicho de llevarme al baile que dará mañana el ministro inglés. Debo ir. Desde hoy lloraré á carcajadas diario mío, y cuando sientas mis jolgorios puedes pensar cuanto sufre tu dueña.



Gabrielle Réjane

Gabrielle Réjane cursó sus estudios en el Conservatorio de Declamación de París, bajo la dirección de M. Regnier.

Antes de concluir sus estudios, M. Duquesnel, entonces director del Odeón, quiso contratarla para representar *La juventud de Luis XIV.*

Otra propuesta de M. Carvalho, le abría las puertas del Vaudeville, pero ella las rechazó deseando terminar sus estudios regulares en el Conservatorio.

Una vez terminados sus estudios, firmó un contrato condicional con los directores del Vaudeville. En este teatro le ofrecían 4.000 francos por año y además los trajes.

Debutó pues, en este teatro el 25 de Marzo de 1875 con *La Revue des Deux Mondes* haciendo un papel de orden secundario y pasando desapercibida.

El 24 de Abril del mismo año tiene otro papel en *Fanny Lear* y el 5 de Junio en la pochade, en un acto *Vaudevill's Hotel.*

Su primera creación data del 4 de Setiembre de 1875 en *Madame Lili*, un acto en verso de Marc Monnier, que representó junto con Dieudonné, Boisselot y Madame Alexis. Este fué su primer éxito.

El 15 de Abril de 1880, creó el rol de «Mimi» de *La Vie de Bohème*, obteniendo un triunfo tan sorprendente, que los críticos teatrales afirmaban que si M. Murger (el autor de la obra) viviese todavía, no dejaría que se representase sino cuando la Réjane hiciese de «Mimi».

En los ocho años que duró su contrato con el Vaudeville, es decir, del 15 de Marzo de 1875 hasta el 31 de Mayo de 1882, ella creó veinte roles diferentes, todos con gran éxito y de los cuales cinco ó seis fueron *grand succès*. Representó durante seis meses seguidos en la sala del Variétés, la interesante obra *Ma Cousine.*

Trabajó más tarde en el Odeón, aumentando su ya gran fama de inteligente atriz en *Amoreuse* de M. G. de Porto-Riche.

Obtuvo grandísimo éxito en *Fantasio* de Alfredo de Musset.

Poco tiempo después, un brillante escritor, escribió especialmente para ella *Lysistra*.



Tenor Jaime Carne que actúa en *Cibils*.

que disponemos y por otra parte habría que dedicarse á determinado espectáculo además de que están los primaces que se ocupan á poner los puntos sobre las ies, cuando algún pobre artista se desliza más de lo regular en alguna mueca, ó algun cantante se le atraviesa algun gallo en la garganta.

El 23 de Noviembre de 1893, inauguró el Grand Théâtre, desempeñando el importante rol de « *Sapho* » de la comedia del mismo nombre de los escritores Alfonso Daudet y A. Belot.

Su entrada en el primer acto de esta obra, la escena de disputa con que termina el tercero, el cuarto, que ella nunca concluye sin una crisis de nervios, el quinto acto, en fin, donde todas las excitaciones, todas las emociones de la mujer, son llevadas á cabo solamente con miradas, con silencios, con gestos, revelan que es Gabrielle Réjane una actriz insuperable. Alfonso Daudet, entusiasmado por la admirable interpretación de su obra se la dedicó.

Su interminable serie de triunfos se continuó en *Madame Sans Gêne*, *Maison de Poupée*, *Villégiature*, *La Parisienne*, *Divorçons*, *Zaza*, *La Robe Rouge*, etc.

No entra en nuestros cálculos ni en la misión que tenemos hacer alta crítica artística, pues esto nos absorbería el limitado espacio de

Nosotros hacemos Revista *a volo d'uccello*, para poder en el reparto

ocuparnos de todo un poco, así que en orden de colocación daremos preferencia á Solís, en el que se desarrolla con verdadero éxito una corta temporada de ópera, y es lástima el número limitado de funciones porque la troupe sin contar con estrellas, tiene artistas de mérito indiscutible



Señorita Emilia Llanas que actúa en Cibils.

como la Capelli y la Pereyra, dos sopranos de voz excelente y tenores como Novi y D'Otavi, que reúnen á la condición de buenos cantantes la de intérpretes correctísimos — también merece una especial mención el barítono Franceschini de singulares dotes artísticas. Pero á que seguir si esto ya pertenece al pasado, para dejar paso á otra temporada que será también muy interesante, con la presentación de Clara della Guardia de quien nuestro público tiene excelentes impresiones.

En el Urquiza, la nota de la semana ha sido «Salomé» y las dos funciones de gala por la Lírca del Colon, y para condensar en pocas palabras basta decir que ellas han sido todo un éxito. Sigue la Borelli por algunas funciones más y no sabemos aun si volverá la lírica para dar las ocho que restan del abono, pues al respecto hay un verdadero maremagnum de noticias. Vedremo piú tardi—pero lo que si es cosa resuelta que viene al Urquiza la célebre compañía de opereta de Marchetti, que acaba de obtener en la Argentina el más lisonjero resultado, así que los amateurs pueden irse preparando para saborear algo delicioso en materia de repertorio alegre, no faltando como es consiguiente la célebre «Vedova» que esta Compañía pone en escena de una manera excepcional.



Señor Rafael Díaz—De Cibils

El Urquiza tendrá también aun que por un corto número de funciones á la célebre Susana Despré y á la Réjane, toda una promesa de arte selecto para los espíritus idem.

*. En cuanto al género chico, no decae ni mucho menos, sino esta ahí «El Nacional» convertido en un Agosto permanente, que es lo que están haciendo sus empresarios, tal es la preferencia que el público le dispensa



El señor que sigue á las mujeres—Notable cinta de un calavera... que se exhibe en el BUCKINGHAM

Su plentito.





J. P. — No será la que yo creo, no le discuto, pero tampoco es la que Vd. cree, no me discuta....

M. S. — ¿Que «todo es según el color del cristal con que se mira?» Nuestro redactor leyó las poesías á través de los cristales de sus lentes, y le parecieron, malas no, pero pésimas sí; Vd. las ha leído sin duda, con un cristal ahumado, única forma posible para no ver las tonterías con que estaban plagadas.

Héctor L. — *Mi padre en Buenos Aires.* ¿Su padre es el autor de *Luciernagas*?

S. V. — *Ese no ve...* las macanas que escribe....

Pedro V. — Lamento querido, no entre en la índole de la revista, pues está sentida y hermosamente escrita.

R. O. — «Yo que soy un estilista».... No lo dudo, pero cantando un estilo en la sociedad «*El Cardo*».

Literato : — «Tengo en mi pecho grabada

Una imágen pasajera»....

¡Tiene usted poca mollera

Para cantarle á su amada!

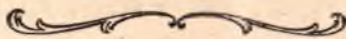
Enrique L. — ¿Qué interés tiene en desacreditarse? Su novia creará que es Vd. una persona inteligentísima y sufrirá un gran desencanto si publicamos sus versos «*Á Ella*». ¡Déjela con la ilusión!

P. B. T. — ¡No mande nada más! Si su cuento es de lo «mejorsito» que ha escrito, ¡como será lo peor!

Marcela P. — Es Enrique S. Nebel, Fu Miguelón.

Emma A. — No se lamente, ni condene su actitud. Poco me aflige. Los pobres de espíritu están ricos en éxitos amorosos....

Alberto Steell.



Bibliografía

Periódicos recibidos

Bohemia.— Hemos recibido el número extraordinario de esta importante Revista. Trae excelente material de lectura é infinidad de fotografías.

France Uruguay.— Presenta un interesante artículo sobre el Uruguay en su estado actual.

Centro Artístico.— Como siempre lleno de ameno material.

El Fogón.— El simpático periódico criollo siempre interesante. Ahora colega ¿ que tal esos trabajos ? ¿ adelante ?

El Trabajo ; Sr. Fructuoso.— Queda establecido el canje.

El Pueblo ; Sr. Carlos.— Recibimos, agradecemos y aceptamos canje

¿ HA FUMADO CIGARRILLOS SARANDÌ ?

PINCELES * CEPILLOS * PLUMEROS

GRANDES SURTIDOS

SE FABRICAN CEPILLOS PARA TODA CLASE DE MÁQUINAS É INDUSTRIAS

B. A. Larghero é hijos

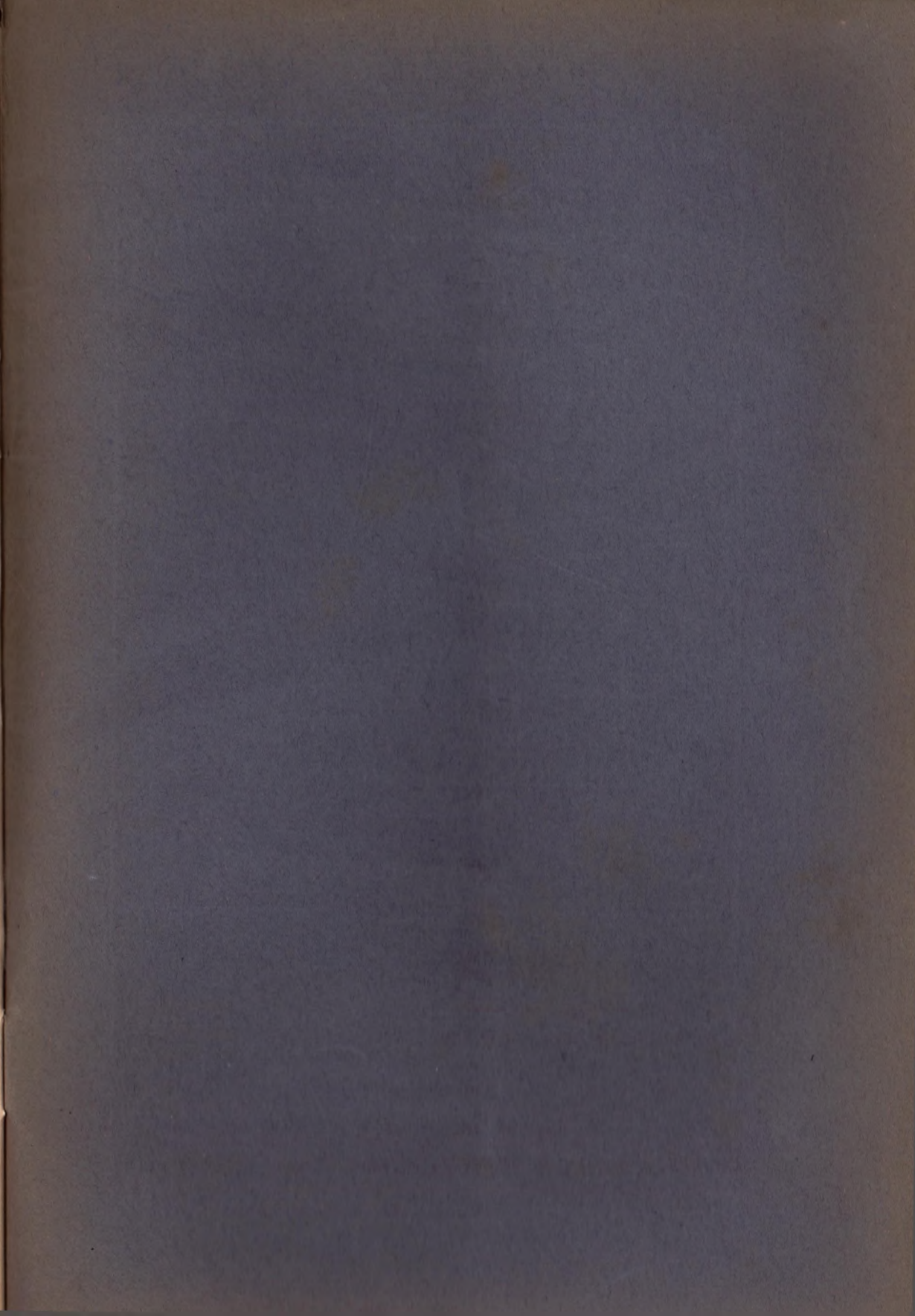
25 DE MAYO, 484

Montevideo

“LACTARIS”

DA LECHE Á LAS MADRES QUE CRIAN

**VENTA en las FARMACIAS
á cincuenta centésimos el tarro.**



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LA CAPITAL

Por un mes	\$	0.20
Por un trimestre	"	0.60
Por un año	"	2.40
Número suelto	"	0.10
" atrasado	"	0.20

EN CAMPAÑA

Por un mes	\$	0.25
Por un trimestre	"	0.75
Por un año	"	3. —
Número suelto	"	0.15

Número atrasado	\$	0.20
---------------------------	----	------

AVISO

Las colaboraciones deben enviarse á esta Redacción bajo sobre. — No se devuelven los originales.

Por avisos, etc., dirigirse al Administrador, de 5 á 7 p. m.